

Columna. Disciplina, rigor

Por Daniel Gianelli

"Durante una visita que realizó a Uruguay en los años siguientes al restablecimiento de la democracia, el presidente del gobierno español Felipe González formuló un comentario que tuvo un fuerte impacto en una izquierda apegada a dogmas de la más pura ortodoxia sesentista, que creía que el país podía tolerar un poco más de inflación o de déficit. Inflación que era entonces de 60% anual y un déficit fiscal en torno a 4% del PBI.

Los déficits, sostuvo el gobernante español, no son de izquierda ni de derecha, son simplemente déficits. Y deben ser enfrentados porque perjudican la economía del país y por ende a los ciudadanos. La afirmación, que coincidía con el punto de vista del gobierno uruguayo de la época, causó fastidio e irritó a dirigentes y militantes frenteamplistas, quienes descalificaron al líder del PSOE por "reformista".

Debieron pasar varios años para que en 1992, ya caída la Unión Soviética, el hoy vicepresidente Danilo Astori admitiera públicamente que los economistas neoliberales tenían razón cuando afirmaban que ciertos equilibrios macroeconómicos debían ser preservados. Un reconocimiento que, sumado a otras afirmaciones y acciones del entonces senador, lucía distante del discurso oficial del FA.

Tiempo después, a su paso por Montevideo a principios de octubre de 1987, el ex canciller y miembro del Politburó soviético, Eduard Shevardnadze, formuló comentarios que causaron escozor en filas de un FA timoneado por el Partido Comunista que, acompañando la campaña iniciada por Fidel Castro promovía el no pago de la deuda externa.

Pagar los intereses de la deuda "es un asunto de dignidad nacional" en el que están en juego "consideraciones de prestigio nacional", dijo el dirigente soviético, para asombro de la izquierda vernácula.

Precisó que los pagos deben ser "limitados a un nivel prudente", de modo que no resulten "un dogal en el cuello del deudor". Pero el principio general enunciado fue que los países debían honrar sus deudas. ¡Cómo si un dirigente de una de las "superpotencias", acreedor de varios de sus satélites y aliados, pudiera decir otra cosa!

Los dichos de Shevardnadze resultaron un revulsivo para una izquierda que se esforzó en que pasaran prontamente al olvido.

Estas reflexiones vienen a cuento de recientes declaraciones a Búsqueda del prosecretario de la Presidencia Diego Cánepa sobre lo que estima son "fallas" principales del sistema educativo uruguayo. Un planteo que poco tiene que ver con el discurso tradicional de la ortodoxia frentista y de los sindicatos docentes que el FA tanto apañó.

A juicio del jerarca gubernamental, que en su período estudiantil integró los cuadros dirigentes de la FEUU y participó activamente en el cogobierno universitario, el sistema educativo adolece de "falta de calidad". Una característica que, opinó, "arranca en Primaria", sigue en Secundaria y continúa en el nivel terciario.

Las universidades locales, dijo, "son, en promedio, de baja exigencia intelectual y de baja exigencia académica en comparación con los estándares internacionales". Afirmación confirmada por acreditados rankings internacionales y que suele ser refrendada por compatriotas que ejercen la docencia universitaria o han hecho cursos de grado o posgrado en universidades de naciones que sí apuestan a la calidad de la enseñanza; conscientes de que su futuro depende directamente de ello y porque tienen claro que la educación es el principal instrumento que tiene un gobierno para igualar las oportunidades de sus compatriotas en el punto de partida.

"Fallamos en la calidad de la educación", sostuvo Cánepa, porque desde la enseñanza primaria "la exigencia académica sobre nuestros niños es muy baja y pobre". Pero además, porque los índices de deserción y de repetición en la etapa secundaria son decepcionantes. A ello agréguese una deserción en torno a 50% en el primer año de quienes ingresan a la Universidad de la República, que recibe la matrícula de la inmensa mayoría de los estudiantes de nivel terciario.

Muchos, remarcó el jerarca oficial, dicen que "estamos de acuerdo en los diagnósticos" de la situación. Sin embargo, consideró que eso "es una mentira" porque "no hay acuerdo sobre en qué estamos mal" y "hay temor a decir que tenemos una baja exigencia intelectual y una baja exigencia académica".

A su juicio, en el sistema educativo uruguayo, particularmente en el sector público, se perdieron "dos elementos fundamentales: la disciplina y los límites". Ello explica el enorme esfuerzo económico que hacen muchas familias de clase media para que sus hijos no queden atrapados por una telaraña de indolencia y mediocridad, así como al desarrollo en todos los niveles de una variada oferta educativa en el sector privado.

"La disciplina", apuntó Cánepa, "no es una cuestión de la derecha, la disciplina es la disciplina. Es la rigurosidad con la que hay que educar no solo en el método de estudio, donde debe rendirse más allá del hogar del que se proviene", porque independientemente de "las realidades sociales que existen" hay que "llegar a determinado rendimiento académico e intelectual".

Cualquiera diría que las afirmaciones del prosecretario de la Presidencia son conclusiones evidentes, verdades de perogrullo. Porque no existe proceso educativo exitoso que no se apoye sobre ciertas premisas elementales: la disciplina, el orden, un razonable respeto a la autoridad, un modo de encarar ?docentes y estudiantes? el trabajo y el estudio con el mayor rigor posible.

Eso que el sistema educativo uruguayo supo inculcar hace más de medio siglo y que se fue perdiendo en medio de los cambios que se dieron en la sociedad y que fueron trastocando las ideas y los valores que lo habían hecho posible. Restricciones presupuestales, pérdida del reconocimiento social y autoestima docente, masificación de la matrícula secundaria y universitaria, politización de los sindicatos de maestros y luchas de poder para controlar el sistema. A lo que debe sumarse la ruptura del modelo tradicional de la familia, el ingreso masivo de la mujer al mercado de trabajo y la infinita oferta de entretenimientos que las nuevas tecnologías ponen a disposición de niños y jóvenes.

Las manifestaciones de Cánepa tienen la virtud de poner en el centro del debate educativo cuestiones fundamentales, determinantes en buena medida del éxito o del fracaso del sistema y del futuro de miles de jóvenes. Ahí está el ejemplo del Liceo Jubilar con alumnos que viven en zonas carenciadas de la ciudad y que pertenecen a familias de bajos recursos que se esfuerzan por superarse en la vida. No hay educación exitosa sin orden, sin disciplina, sin rigor, sin ejercicio y respeto del principio de autoridad.

Lentamente, muy lentamente, algunos dirigentes de izquierda han comenzado a comprender que la asunción de responsabilidades de gobierno supone el choque de un idealismo ingenuo frente a una realidad que lo supera en todas las dimensiones. En materia de seguridad pública, en estos siete años y medio ha habido suficiente evidencia empírica de ello y ha habido rectificaciones en el discurso público. En educación, la directora del Bauzá, Graciela Bianchi, ha dado una batalla fenomenal por recrear los fundamentos de una educación de calidad, aunque con escasos apoyos desde la izquierda.

Pero estas saludables rectificaciones no deberían hacernos olvidar las responsabilidades políticas de tanta ingenuidad, de tanta utopía y desvarío que nos desviaron del camino, nos hicieron desaprovechar oportunidades y arruinar tantas vidas. Las rectificaciones presentes condenan el discurso y muchas acciones del pasado. De todo ello se ha dado testimonio en estos 40 años en las páginas de Búsqueda”.